

## **El Sitio de Paris**

Juan de Dios Uribe

### UN PAISA EN LA COMUNA DE PARÍS

El documento que presentamos en esta edición fue escrito casi con seguridad por el doctor Juan de Dios Uribe Gómez, quien se hallaba en París completando sus estudios de Medicina y Obstetricia, entre otros con el inolvidable Laënnec, y con la cultura política suficiente para evaluar la situación europea en ese momento del sitio de aquella ciudad. Espíritu libre y liberal, no le tiembla la pluma para señalar la alianza de las potencias y las aristocracias contra las fuerzas comunistas y socialistas que emergieron durante esa época en el escenario político mundial. Alma sensible, no pasa por alto ir señalando el deterioro de la vida social, la aparición de enfermedades mentales por la presión de la guerra, las hambrunas, los heroísmos, el cierre paulatino del espacio urbano durante aquel sitio. Muy seguramente el seudónimo con que aquí se publicaron aquellas memorias de Uribe sobre el Sitio de París era necesario para protegerse del sectarismo en esta Antioquia de batallones piononos y tonterías por el estilo. Una biografía del doctor Uribe, junto con una foto (que muestra el parecido físico de éste con el Indio Uribe, otro pariente suyo) se encuentran en el meritorio "Diccionario Biográfico y Bibliográfico de Colombia" de don Joaquín Ospina, Editorial Cromos, Bogotá, 1939.

## **E** L SITIO DE PARIS

(El Cóndor. Periódico literario. Medellín, 1871. Serie III. No.28, enero 1º, pp.217-219; No.32, enero 29, pp.249-251; No.35, febrero 19, pp.275-277; No.39, marzo 19, pp.305-307. Se conserva la ortografía del original)

La carta que reproducimos a continuación tiene de particular haber salido de París, en el globo de M. Tissander. De Tours la remitió M. Thalbaut a un compatriota nuestro a S. Nazario, y de aquel puerto vino acá con la correspondencia ordinaria.

Nuestro amigo es antioqueño, no tiene mucha instrucción; pero es hombre de dinero, de mundo y no le falta chispa; y si no fuera tan DESCREIDO, habríamos impreso íntegra su carta: tuvimos qué suprimirle algunos párrafos que chocan y disuenan mucho. Por lo demás, el hombre pinta la situación, y parece que sus juicios no son tan inexactos: en lo que las echa de profeta, él, que no cree en los profetas, ni en nada. Oigámosle:

París, 29 de octubre de 1870

Mi querido Juan Crisóstomo.

Por todos los correos he escrito a Juan R., a Pedro A. y á otros amigos, y hoy me dirijo á tí, suponiendo que habrás visto ya sus cartas, y en ellas la relación de mis desventuras y sufrimientos.

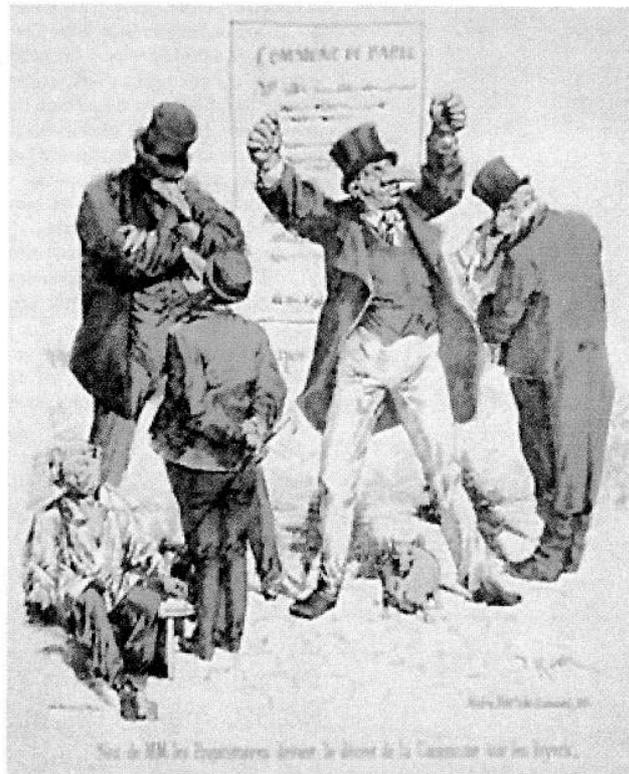
Estas no son cosas de Dios, como dicen por allá los tontos: son cosas del diablo que inspira al secretario del papanatas del rey Guillermo, nieto del Gran Federico, nuestro h p. mayor, al Canciller conde de Bismarck: el diablo lo quiere mucho, en extremo, es su Benjamín; le soba la cabeza y por eso es que la tiene ya pelada, y las cejas erizadas.

Al que nació para triste, hombre! aunque le canten alegre. Maldita sea mi fortuna!—

Yo que ansiaba por conocer esta Francia, por lo mucho que me la habían ponderado, cojo y me vengo de Copacabana, dejando allá mis comodidades, como tú sabes, y llego a París el 13 de julio, después de penoso viaje; y apenas llevaba la copa a los labios, cuando palmoteos en el Cuerpo legislativo, y qué era? M. Ollivier declarando la guerra, sin ton ni són, de parte de Napoleón *petit*. Ahora nadie habla aquí del prisionero de Sedan, sino del Emperador de Cassell. Esto era a mediados de julio, el 15. El 28 sale *le Petit* con *le trés Petit* a campaña, y empieza la chamusca a la orilla del Rhin— PIN! PIN!— PAMDUMB— PLUMB, hacían las *midraillaises*; y los cañones alemanes, mas grandes y mejores, de mayor alcance y precisión, construidos por el bienaventurado Mr. Krupp, las remedaban, respondiendo: SHAUMG! SCHAOMG! CLONGONG! CLUMB! y empiezan a morir franceses y alemanes por centenares y

por miles. La batalla en que no mueren ahora ocho o diez mil hombres es un miserable zafarrancho, un zipiza pe insignificante, no vale un bledo. Un Ayacucho, un Junin, son unas zoquetadas de marca, si se comparan con las batallas que se han dado ahora en la orilla derecha del Rhin que corre espantado y sangriento.

Espantado de tanto valor y desnudo!



Desde los tiempos de Jerjes no se habían visto sobre la tierra tan grandes ejércitos; y si el de Cambises, de 25.000 hombres, quedó sepultado en los arenales de la Libia, la historia contemporánea presenta las canteras de Jaumont en las cuales, en un *sancti amen*, quedaron enterrados en vida 20.000 prusianos!

Al que ataca al enemigo con fuerzas inferiores (v. g. de uno a diez) se le apellida temerario; y al que abre campaña, sin saber cuáles son sus fuerzas y recursos actuales, no sé qué nombre darle; sin embargo ya se han dado el *Diario de San Petersburgo*, *El Times* y *La Independencia Belga*. Engañaron al *Petit* los que lo rodeaban, una cuadrilla de Rolando, con pocas excepciones; y cuando él creía tener medio millón de soldados salimos con que no tenía sino trescientos cincuenta mil, y no bien disciplinados todos ellos, y faltaban fusiles y municiones; en tanto que los prusianos le presentaron 1.250.000 combatientes bien armados y disciplinados. *Le Petit* no reconoció en la Exposición de 1867 la superioridad de los cañones y fusiles prusianos.

Los franceses se baten en Saarbruck, Forbach, Courcelles, Verdun, Thionville, Gravelotte, Pontoise, Phalburg, Toul, y qué sé yo en qué otros puntos, y se dan varias batallas reñidas y sangrientas en los alrededores de Metz; cae la soberbia Estrasburgo con 17.000 soldados y por fin se entrega Sedan con 70.000.

Bien puede decir un amigo de tan heroica nación con el inmortal Béranger, en su canción "Les Enfants de la France":

Sans qu'a tes yeux leur gloire en soit flètrie,  
De tes enfants l'étendart s'est brissé,  
Tu peux tomber, mais c'est comme la foudre  
Qui se relève et gronde au haut des airs.

*Le Petit* rindió su espada en Sedan, y siguió como prisionero al palacio de Willemstate, en

donde se le hacen honores imperiales. La Reina Augusta ha mandado diez y ocho cocineros para que le preparen la comida, y cuando média Francia está en ayunas, él tiene 40 millones de fuertes.

Cuando yo ménos lo pensaba sitian a Paris, y cortan los telégrafos, y vuelan los puentes, a diez leguas en derredor, y yo, pecador de mí! sin poder salir de este infierno.

Yo me tengo la culpa! Maldita sea mi \_\_\_\_\_

Aquí ya no barren ni riegan las calles; por supuesto hay mugre y polvo por demás. Las bellas (bocas inútiles en sentir de estos bárbaros), unas se han ido a Bélgica, otras están encerradas, llorando, y nosotros tocando las paredes y viendo el incesante movimiento de los batallones, y oyendo tambores y trompetas de día y de noche que es una condenación. La mayor parte de las tiendas cerradas. Los joyeros han enterrado ó escondido sus valores; no hay leche ni mantequilla; la comida pésima y costando un ojo de la cara. Un cigarro de Ambalema dos reales. Aquí no se duerme, oyendo el trote de las patrullas de a caballo y el *quién vive? Quién vive aquí? –Aquí no se vive, hombre, aquí se agoniza!* \_\_\_\_\_

Ayer supimos que Bazaine parlamentaba con Bismarck después de un combate furioso en que quedó prisionera toda la guarnición de Metz, constante de 140.000 hombres, cayendo en manos de los tudescos 8 millones de fuertes y todas las municiones; y recibió el Gobierno de la Defensa Nacional el *ultimatum*, muy lacónico por cierto: RENDIRSE Ó BOMBARDEO. Esto se llama hablar en castellano.

Lo que había profetizado se cumple ya. París tiene qué rendirse por hambre: ese bombardeo es mero lujo prusiano; está por demás. M. Víctor Hugo con todo su talento y el brío de sus elocuentísimas exageraciones poéticas, tendrá que inclinar tristemente la frente delante de la realidad. “Ni una piedra, ni una pulgada de terreno”, decía M. Julio Favre en Gerriere, escandalizado de que el Canciller manifestara que dejaría reunir la Constituyente, siempre que sus baterías ocupasen el monte Valeriano. Aquí no se puede hacer la guerra a pedradas y a tizonazos, como en España el año de 8, porque no todos los corazones son españoles, ni todos los tiempos son unos. En Francia hablan por los codos, todo lo dan por hecho, todo lo abultan y todo lo exageran: eso los ha perdido!

Silencio en torno de París! que aunque tiene 2.000 cañones en sus trincheras, está rodeado por un círculo de fuego, por 400.000 hombres y 2.000 cañones de largo alcance. El alacrán rodeado de brasas encendidas se pone furioso; así están por acá: han incendiado los hermosos bosques de Vincennes y las alamedas de Saint-Cloud, y han arrasado el bosque de Boulogne. No se ven ya coches de lujo: los ricos se fueron a la frontera; han quedado los pobres y los soldados de la guarnición, el que llaman gobierno, muy raras familias y el hijo de mi madre, que vine a pasar aquí mi purgatorio—

Vivo en el Boulevard Reynard, paseo público construido sobre un antiguo canal; y ahora han salido con que todo él está minado por los franceses. Así es que anda uno por encima de él con miedo y desconfianza, esperando de un momento a otro alguna explosión. Los jardines que había en el centro de la calle, rodeados de verjas de hierro, están abandonados, sus flores marchitas, y las estatuas cubiertas de polvo, tristes, entre los árboles que se han secado, y da lástima verlos. A veces me dan ímpetus de

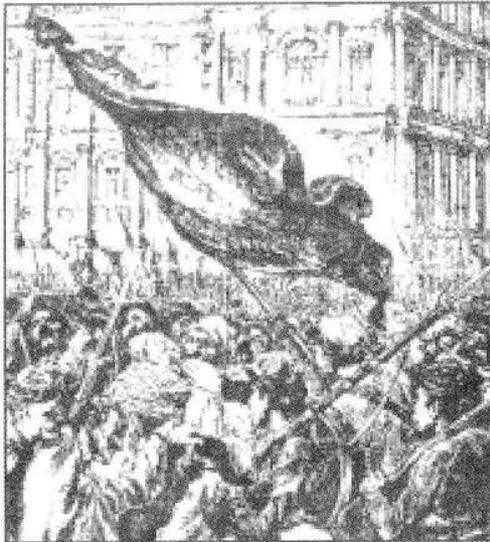
arrojarme al Sena, como lo han hecho ya algunos; y después vuelvo y considero, que es mejor seguir viviendo, aunque no sea mas que por la curiosidad de ver en qué pára esta guerra de cien mil demonios.

La República nos ha perdido, hombre! y nos perderá. Detrás de ella se levanta el escuálido espectro del comunismo. Venia el Czar [sic] de Rusia a hacer las paces (con 300.000 hombres) y se detuvo en el Vístula, al oír el grito de *¡República!* Grito aterrador! Víctor Manuel está temblando, cogiéndose la corona a dos manos, para que no se le caiga de la cabeza de miedo de los repúblicanos, con quienes fué a reunirse el Viejo de la montaña, Garibaldi, el de alma roja y camisa roja, enemigo de la religión católica y del Papa. Los rojos de la Inglaterra, como los de todas partes aplauden el triunfo de los prusianos, y quieren armar la zambra con la reina Victoria; y parece que los Estados Unidos no auxiliarán vigorosamente a la República de Rochefort y Gambetta, por no salirse de la doctrina de Monroe: la no intervención.

Entretanto, M. Thiers anda de corte en corte, como de Heródes a Pilátos, solicitando en favor de la Francia la intervención europea, y espero que conseguirá algo porque el talento es una gran palanca. Y, si el célebre escritor vive un año más, veremos el complemento de su obra sobre “El Consulado y el Imperio”, describiendo este gran conflicto, este drama del siglo XIX, tan grande como no se había visto ántes otro, ni se verá en muchos siglos.

Treinta y nueve generales habían muerto hasta hace pocos días, y herido el denodado Mac-Mahon; y así que se arregle bien la cuenta, sabremos con espanto que la cifra de los muertos pasa de 300.000, muchos más los heridos, y otros tantos prisioneros internados en Alemania, para que ganen la ración trabajando en las obras públicas.

Los veintinueve teatros que tiene abiertos esta hermosa ciudad en tiempo de paz, están ahora cerrados. Bonito está el tiempo para divertirse! Las Hermanas de la Caridad, que no habían salido con las ambulancias de los ejércitos, están sacando hilas, preparando camas y asistiendo a los miles de heridos que hay en varios hospitales. ¡Qué mujeres tan buenas! ¡Lástima que la metralla no haga distinciones! Han muerto algunas.



amada Antioquia, después de haber volado por encima de los campamentos prusianos, y de haber atravesado la Francia en alas de una paloma. Si fuera poeta! (pero a mí no me sopla la Musa como a Isaza), compondría una cántiga titulada *La Paloma Mensajera*: bien lo merece! Béranger escribió *Le Pigeon Messenger*, cuyas estrofas terminan en aquel tierno estribillo:

Bebe en mi copa, oh mensajera fiel!  
Y en el seno Nœris duerme en paz.\*

Yo no me esconderé el día del peligro, el día del asalto, porque no quiero deshonorar la bandera colombiana; estoy resuelto a morir en una barricada, gritando: Viva la Francia! Si muero, tal día hará un año! y si vivo correré a sepultarme en los bosques de América, en las arboledas del Porce, y quizá tendrá el gusto de abrazarte tu amigo, mártir, pero tu amigo.

\*\*\*\*\*

La siguiente carta la trajo de Paris, a Tours una paloma mensajera; y de allí a San Nazario vino por el correo, a manos de nuestro corresponsal. Es de fecha 20 de noviembre y del mismo compatriota nuestro, de quien hemos publicado ya otra en el número 28 de este periódico.

Querido amigo:

Ahora veinte días dirigí a usted una carta por el globo de M. Tissander. Esta va con una paloma mensajera. Es escribir por escribir, por perder el tiempo, o diré mejor, por aligerar estas tristes y larguísimas horas de ansiedad y de fastidio. Dudo mucho que mi carta logre la dicha de atravesar dos mil leguas de mar, y llegar a las hermosas y queridas montañas de nuestra

Eso era en 1822, y el poeta se hallaba preso en Santa Pelagia. Nosotros también estamos ahora presos, con la diferencia de que el día que M. de Bismarck amanezca con el huevo atravesado seremos bombardeados, desgracia que no le sucedió al célebre cantor.

Aquí nos estamos muriendo de hambre, "muerte pésima y adminícula", como decía Sancho. Ya había comido yo carne de caballo, servida en una posada por carne de res, y me pareció muy buena. Ahora comeremos carne de burro, que es muy insípida; y, oh triste humanidad! deseamos que no nos falte. Aquí se come ahora el dinero: todo está por las nubes, carísimo. Es verdad que no hemos llegado todavía al extremo de que la onza de estiércol de golondrina valga dos cyclos de oro, como cuenta la historia que sucedió en otro sitio famoso; pero para formarse alguna idea, bástele saber que un huevo vale un real, una sardinita medio real, un pollo flaco dos fuertes, un pato cinco, un conejo dos, la libra de manteca doce reales, y así de lo demás. No hay frutas, ni mantequilla; tengo para mí que, aunque echen fanfarronada y média estos franceses, Paris tendrá qué rendirse por hambre.

Tal es el pensamiento de M. de Bismarck y me parece que no va descaminado; y mucho más si tomamos en cuenta los elementos de perturbación que abriga en su seno toda república gorgónica y garibaldina. Si los liberales materialistas y masones no hubieran proclamado la República, ya habría cesado la guerra; pero todas las naciones que rodean a la Francia temen a la tal República, y todo hombre de bien la detesta.

Cuando se rinde Estrasburgo que es “la llave de la casa”, según la frase pintoresca del canciller de la Confederación del Norte; cuando Napoleón III entrega en Sedan, al rey Guillermo, su “Señor Hermano”, la espada y 70.000 hombres; y cuando el Mariscal Bazaine (a quien se tacha de traidor en todos los casinos y restaurantes), capitula, entregando la gran fortaleza de Metz, ojo de la Francia, con 150.000 soldados, la suerte de la nación parece decidida: sus fortalezas serán desmanteladas, perderá la Alsacia, la Lorena y quizá el Luxemburgo, y tendrá que pagar muchos millones de francos; y en vano sale en un globo M. Thiers en misión diplomática, con sus ochenta á las espaldas, en busca de algun auxilio extranjero. La Europa y la América dejan agonizar a la Francia, y no porque no se conduelan de su situación, sino porque tienen miedo y horror a la República. Entre tanto, Julio Favre escribe una y otra circular sobre las condiciones de la paz, y Víctor Hugo, pintando las cosas bellamente, a su modo, da el triunfo por seguro; pero otra cosa es con guitarra.

Aquí conversa mucho la gente, y ganan batallas con la punta de la lengua. De los diez y seis sitios que ha sufrido Paris desde el del romano Labieno, ántes de la era cristiana, hasta el de 1814, cuando la traición abrió las puertas a los aliados, ninguno tan grande, ninguno tan formidable como el actual; y aunque ignoramos cómo terminará esta guerra, parece que si los franceses están ahora mas civilizados y

poderosos, han perdido la fibra de los antiguos tiempos. En el noveno siglo los normandos invadieron tres veces a Paris, del cual se adueñaron; pero, qué diferencia! Entónces atacaban apénas unos 30.000 bárbaros, ahora ha venido un millón y 200.000 con dos mil cañones. Entónces los parisienses entregaban a las llamas su ciudad, como lo hicieron los moradores de Numancia y de Moscow: hoy ni los sitiadores ni los sitiados se atreven a incendiar a Paris. El lujo, los placeres y el sensualismo transfiguran a los pueblos, corrompiéndolos.

Han capitulado las plazas fuertes de Metz, Sedan, Marsal, Laon, Vitry y Orleans.

Están sitiadas: Paris, Phalsburgo, Bitche, Montmedy, Thionville, Mezieres, Verdun, Schelesdat, Brisach, Belfort, Longuy y Carignan.

Han sido tomadas por los prusianos: Estrasburgo, Toul, Lutzelstein, Lichtemberg, Soissons y Wissemburgo.

Es decir que hay una docena de ciudades fortificadas en poder del enemigo, y a otra mitad la tienen sitiada—— Inmensa guerra! Veinticuatro ciudades en manos de los prusianos! Es una lista muy lujosa de triunfos! Triste suerte la de la hermosa Francia! *Me fa piéta!*

Los teatros cerrados, hombre! las hermosuras eclupsadas, *pas des bombons, pas des confitures*; las patrullas y el *quién vive* que no lo dejan a uno dormir, y la ciudad que no ofrece diversión alguna. El tuerto Gambetta les hizo una gambeta, y se largó en un globo para Tours. Rochefort sigue escondido, Trochu resultó que no era el que pensaban; y en el seno de las sociedades republicanas, que se reúnen rara vez, se pronuncian discursos tales, que escandalizarían a los mismos diablos del infierno, si los diablos hicieran caso de las

baladronadas democráticas de *los invencibles*. Así se llaman ahora. Les eché, hace pocos días, un cuentecillo que no hizo efecto alguno: sería tal vez que no me entendieron, porque hablo tan mal el francés como el castellano. Oigalo usted, a ver si tiene sal y pimienta y si le halla explicación:

Iban dos indios, en *pirris* o en *mirris*, por un desfiladero de nuestras montañas, acompañados de sus hijos y mujeres que tenían a carcajadas al verlos cómo tambaleaban para acá y para allá. El sendero se estrechaba sobre un abismo profundo, cuando sin advertirlo, distraídamente, uno de los indios le dió un codazo a su compañero, que por su tris lo bota al precipicio. El indio que recibió el golpe se detuvo, y dijo con mucha seriedad: nenguno arrumpuje a nenguno; porque nenguno sabe cómo está nenguno!

La copa embriagadora de la libertad viene a ser como la chicha de la democracia: los indios son los franceses, imperialistas, ó republicanos, que están pasando ahora las delgaditas, al borde de un abismo. Convendría, pues, que no se *arrempujaran* los unos a los otros, para evitar una desgracia. Y son tan traviesos!

Ya le conté un cuento: oiga ahora una parábola.

Entran a su hacienda del Porce unos ladrones, la roban, se apoderan de ella, y le dejan a usted una pieza de la casa para que lllore allí su desgracia.

Qué? No la entiende? Pues es la compasión de Roma, es el bellaco de Víctor Manuel, es la ciudad leonina, es nuestro amado Pio IX levantando sus ojos al cielo, poniendo su causa en manos de Dios, y derramando sus lágrimas en silencio en el palacio Vaticano.



Y lo creerá usted? Los rojos de aquí, que son malísimos, aplauden tamaña iniquidad, sin comprender que lo que los prusianos hacen con ellos es LO MISMO que han hecho con el Papa las Camisas Rojas y el Rey Caballero.

Ahora viene lo mas gracioso del cuento: no pudiendo sufrir ya su maldita República que prepara para los nobles y los ricos la guillotina de 1792, hay liberales que maldicen de ella, y proponen otra forma de gobierno, con tal que no sea democrático.

El 1º de octubre empezó el sitio, y hoy 19 de noviembre sabemos, por una paloma mensajera, que capituló Verdun. Aquí han ocurrido gravísimos desórdenes; este es un campo de Agramante; han estado imperialistas, republicanos y demonios, a punto de coger el machete, pero por fortuna se aplacaron sus furores; y ahora esperamos el trueno gordo, como quien ve reventar un gran castillo de

pólvora. El trueno gordo será el bombardeo; pero cuando el hombre oye crugir las tripas del hambre está muy lejos de admirar al orbe con las proezas de su valor.

Me pasé a vivir a la casa del buen amigo y noble caballero don José María Torres Caicedo.

En la puerta hay un escudo colosal con las armas de Colombia: el cóndor desplegando sus alas y una bandera grandísima. Los prusianos al entrar tienen qué verla, quieran que no quieran. La respetarán? Eso lo veremos; y si la insultan, adiós Bismarck! adios Prusia! Les llevaremos, en balsas y juncos chinescos, dos millones de combatientes entre antioqueños valientes, indios fornidos de la Sabana, y Llaneros del Apure: gastaremos unos dos mil millones de fuertes; pero los alemanes nos la pagarán.

Entretanto queda dado a todos los santos, por no decir a todos los diablos,

Su afectísimo

\*\*\*

Querido amigo.

París, 5 de diciembre de 1870

El sitio de esta ciudad es *una maravilla de dolor*, según la feliz expresión de nuestro compatriota Vergara. Supimos por un pichón mensajero que él estaba ya en Madrid, feliz! y ahora que dije Vergara, él me permitirá que, con el debido respeto, me atreva a contradecirle aquello de que "los alemanes *imitan* pero *no inventan*". Eso fuera cierto, si Guttemberg, alemán, no hubiera inventado en 1440, en Maguncia, ciudad alemana que queda arriba de Estrasburgo, en las orillas del Rhin, la imprenta que, *salvo melioris*, es una de las primeras, ó mejor dicho, la primera invención de los tiempos modernos.

En una de las salidas ordenadas por Trochu, un escuadrón de zuavos tomó las de Villadiego, por no decir las de Diego Villa, y huyó temiendo la recia escupitiña de las ametralladoras del Krupp, é hizo muy bien; porque contra el pujo no hay valor. Aquí fueron muy mal recibidos, sin recordar que eran los héroes de Sebastopol, de Solferino y de Alculsingo en Méjico. Injusticias humanas!

Aquí destrozan ahora los hermosos escudos de armas, porque tienen las NN del que rindió en Sedan su espada al rey Guillermo, y se fué a pasar una temporada a los jardines encantadores de Wilhemshæde, dicen que para regresar al palacio de las Tullerías, no muy tarde. Será lo que Dios quiera! En mi concepto, *lo mas malo es mejor que el comunismo rojo*, aprisionando jesuitas y robando como en Marsella. *Mínima de malis*.

Aquí dicen también, usted sabrá si con razón ó sin ella, que todo eso de la prisión de Napoleón en un palacio mas bello que el de Sans-Souci en Postdam, con el lujo de diez y ocho cocineros y llevando el cautivo veinte coches con su equipaje, es pura farsa; que son cosas de los masones, pues el rey Guillermo es el Padre general de la Compañía y el Papá de todos ellos: que Napoleón, Bismarck, Möltke, Mac-Mahon &, son padres graves también, que están en los *íntimos* secretos, ya usted me entiende! Esto explica las simpatías de los liberales americanos por la Prusia antes de Sedan, y después su entusiasmo exagerado por la República francesa. Pero como Napoleón y Guillermo no están por *la caída de los altares y de los tronos*, que es el tema obligado de los masones, ahora tienen en contra a los republicanos que, por el estado de guerra, no han sacado a la plaza la guillotina, como en 1792, aunque Esquiros dicen que la iba a sacar en Marsella.

Pocos dias ha que los prusianos se apoderaron definitivamente de Orleans.

Conocí personalmente al Ilustrísimo Dupanloup. Para mí es el hombre mas elocuente que he conocido, y aunque no me aparto de que Castelar (a quien no conozco) merezca todos los elogios que le rinde el señor Vergara, creo que no llega a la rodilla al señor Obispo. Como esto no había oído yo, es un improvisador incansable, qué imaginación aquella! qué fuego! y eso que ya está viejito. Tengo *El Eduardo*, novela de Castelar, y cuando siga para Antioquia, le llevaré un ejemplar; y allá verá usted que sus descripciones son rebuscadas, trabajosas y muy recargadas, y algunos diálogos bastante frios, sin decir por esto que la novela no sea gorgónica y escrita con poca naturalidad.

¿Quién, al mentar á Orleans, no se acuerda de *La Doncella*, cuyo nombre quiso deslustrar con obscenas bufonadas M. de Voltaire? Juana de Arco es una de las glorias de la Francia. Niña de pocos años, suelta el cayado de los pastores, empuña la espada de los valientes, levanta en alto el estandarte de la Francia, arroja a los ingleses de su ciudad nativa y hace coronar al Delfin en Reims, que tomó el nombre de Carlos VII. Este, si no estoy equivocado, fué el amante de la bella Ines Sorel, y su padre Carlos Vi, aquel papanatas para quien cuentan que inventaron el *Libro de las Cuarenta Hojas*, que es muy divertido.

Entónces había en Francia fe y religión, y hasta las mujeres eran heroínas: hoy, en este siglo de incredulidad y de materialismo, parece como que los hombres están enervados



por los placeres de la orgía, y no tienen el aliento de los tiempos antiguos.

Cayó Estrasburgo, cayó Sedan, cayó Metz, han caído como diez y seis ciudades en poder de los prusianos; ahora ha caído Orleans, en donde se han cometido horrores de horrores para abonar las palabras de mi epígrafe.

No todos los franceses están enervados, eso no; y prueba de ello el incansable M. Víctor Hugo que mantiene el espíritu público en efervescencia con sus cartas, proclamas y canciones. Ahora mismo acaba de componer una bellísima sobre la toma de Orleans, que ha hecho un ruido inmenso y termina así:

“Des fers d’Orleans nous effaçons, l’empreinte, Jours de triomphe, eclairez l’univers!”

Otro de los incansables es M. Thiers. ¿Le parece a usted un grano de anís la travesura que ha hecho a los ochenta años? y en ménos de doce días? ir a Lóndres, Viena, Florencia, San Petersburgo, y volver después a Versalles a habérselas con Bismarck, solicitando una tregua de 25 días? Por supuesto que no la consiguió; pues el armisticio, con permiso de abastecer a

Paris, era prolongar el sitio tal vez por un año, y eso no le conviene a la Prusia; y el Canciller de la Confederación del Norte no es un chico que se las deje enredar, sabe mucho, y dicen que el diablo hace por los suyos.

En una de mis anteriores dije a

usted, cómo me he quedado sin fondos disponibles, en la mayor angustia; y que vivo con Torrecitos en la Legión colombiana, esperando que la bandera de la Unión sea respetada por los prusianos. Quién sabe? El primer piso lo ocupa el Ministro, el segundo yo y en el tercero vive una señora, medio bruja o medio loca, con una sobrina, arrogante moza, tan loca, en mi concepto, como su señora tía. Como estamos a ración y sin sueldo, comiendo por día ocho onzas, o 250 gramos, de carne de burro, la vieja no se cansa de bostezar, pensando siempre en la comida; y me atormenta, repitiendo sin cesar, que allá en su tierra, en la Bretaña, comía esto y aquello, y se le vuelve la boca agua — infeliz! Y yo, sin poderlo remediar; recuerdo también los *frijoles* negros, las arepas de maíz y el petto antioqueño; y suspiro tristemente cuando pienso que allá, jueves y domingo, me comía un pollito asado, y tomaba mis buenas tazas de café con leche y tostadas con mantequilla; y aquellos platos de arroz de leche, y de *caspiroleta*, de que no tienen ni remota idea los miembros del Gobierno de la defensa. La moza está leyendo siempre periódicos o cantando; y dice que la Francia triunfará, que Paris no capitula, que Rochefort es un santo, Gambetta un héroe y M. Víctor Hugo el primer hombre del mundo. Dios la ampare!

Cuando salgo a la calle me espanto al ver tantos cañones y ametralladoras: hay dos mil en el perímetro de la ciudad y seiscientos mil soldados en su recinto. Esta es la *Guerra Magna* que se registra en los anales de la historia; y ahí va pasando y al fin ha de terminar; porque *todo pasa, todo acaba*; solo Dios reina en la inmensidad de los siglos.

Hombre! ya me han salido canas, estoy que me vuelvo loco, y a veces maldigo de la curiosidad que me trajo a conocer esta ciudad bellísima aun en medio de su dolor. Si Bismarck la quiere bombardear, la bombardeará; y se

renovará la desastrosa catástrofe del incendio de Londres en 1666, cuando se quemó media ciudad.

Cayó La Fère con mil prisioneros y setenta cañones. Es una corta ciudad, insignificante aquí, tan grande como Medellín allá, escondida entre pinares y rodeada de un claro arroyuelo, como nuestro Aburrá: es una golondrina escondiendo su nido en una teja. Ahora compare usted con nuestra batalla de San Diego. El combate duró seis horas lo mismo que en Bogotá. Espina tenía 15 cañones y el enemigo 3, y los muertos según los partes fueron 103. Aquí han peleado mas de 14.000 hombres, allá no alcanzaron á 9.000.

La Emperatriz queda en Windsor a la fecha, hablando con la reina Victoria. Ella sí muy en ello, como la sobrina de Mne. Voisine, dice que ni un palmo de tierra, y si Bismarck se aburre al fin, nos llevan dos mil de a caballo, porque Paris no puede sostenerse, la Francia no se mueve, la Europa guarda profundo silencio, el hambre apura, el desorden crece y el dedo de Dios señala algo en el oscuro porvenir.

Terminaré dándole una buena noticia: M. Thiers dice que en las Cortes que ha visitado, ha notado que no aprueban los soberanos la ocupación de los Estados Pontificios por el Rey Caballero (excomulgado ahora por el Papa); de modo que al reunirse el Congreso de los reyes que se anuncia, tomarán en cuenta el negocio, y el buen Pio, después de haber reinado mas años que Pedro, declarado los dogmas de *La Pura* y de la Infalibilidad, y habiendo presidido al más grande de todos los Concilios, regresará al Vaticano después de su viajecito a Florencia; volverá a Roma a dormir su último sueño, en la paz del Señor, junto al sepulcro de los santos Apóstoles.

[\*\*\*\*\*]

Esta carta llegó a Tours en alas de una paloma, como las anteriores; y por su contexto se echa

de ver que nuestro amigo no estaba para escribir, por lo muy apurado de sus circunstancias. Le cercenamos algunos acápite.

37, rue Jouvert. —París, 28 de enero.  
Al señor Juan Ramón Mejía.

Querido amigo:

Esto es mucho sufrir, mucho padecer! y pudiendo estar uno allá en Antioquia, rascándose la panza! sea todo por amor de Dios! Y no quiero decir mas— por no escandalizarlo.

El bombardeo de los fuertes empezó a fines de diciembre, y el de la ciudad el 1º del corriente a medio día, por el fuerte Avron, al sur de París, que dista del cementerio del P. La Chaise, tanto como nuestro Santa-Helena de Medellín. Aquí no lo notamos: como disparan tantos cañonazos! hasta que se avisó oficialmente por carteles públicos, firmados por el general Trochu, quien aprovechó de aquella circunstancia para reanimar al pueblo de París y al ejército de la defensa, que en sus diversas salidas ha tenido bajas muy considerables. Eso se calla aquí, por supuesto. Trochu les dice: que eso no significa nada; que mejor que los prusianos se pongan bajo el fuego de nuestras baterías para exterminarlos. No era nada lo del ojo, dicen por Amagá, y lo llevaba en la mano. Aquí muchos simples me sostenían furiosamente, que Bismarck no se atrevería a bombardear a París: yo sostenía lo contrario, y me parece que se lo predije a usted en una de mis anteriores; ahora se han desengañado; y más le profetizo: que si las llamas no devoran esta ciudad, París, con fanfarronada y media, tendrá que capitular. Acuérdesese bien de lo que le digo.

Trochu había manifestado que al terminar esta guerra con la Prusia, se retiraría a la vida privada, á cuidar de su señora y niños; pero ahora que ha sabido que el Papa está preso, jura que no envainará su espada, sino que,

concluida la guerra, volará a Roma a metérsela hasta la empuñadura en el corazón, al Rey Caballero (¿) para que no sea tan— Dios me lo perdone! Pero esto es *more gallico*, a la francesa, sin hacer la cuenta con la huéspedada. Aquí moriremos todos, y los que no, se quedarán medio locos haciendo almanaques. Esto preveo; no sé si me engañe.

Estamos como en el sainete aquel de *Llueven bofetones*: aquí llueven desgracias. El 18 se dió en Nuits una batalla, desde el medio día hasta el anochecer: los franceses con 20 mil hombres, tuvieron qué retroceder, con pérdida de unos 2 mil. Thionville, ciudad muy importante, tuvo que capitular, después de que cayeron en su recinto ivea usted qué barbaridad! *cincuenta mil bombas!* Este número traen los periódicos: puede que exagerado. Quítele usted una quinta parte, y dígame: ¿si Leonardo cuando atacó á San Agustín, les hubiera mandado unas 50, unas 4 siquiera, hubieran resistido aquellos angelitos? Figúrese usted que estrago no causarían 30 ó 40 mil bombas! Así es que la ciudad quedó como un escombros.

En una de mis anteriores hice la cuenta de las salidas de Ducrot y del Presidente Trochu, con fuertes divisiones, y de los rechazos y pérdidas considerables que han sufrido; y le dije que ha sido destrozado el ejército de Loira a las órdenes de los generales Chanzy y Bourbaki: añada usted la mortandad en todos los hospitales, aumentada con los horrores del invierno (10 grados debajo de cero), falta de llena, falta de víveres, el Sena helado, y un antioqueño como yo, arrullado con las alas amorosas de la brisa, en climas tan benignos como el nuestro, es mano de condenarse uno en vida! Sin poder salir! Sin poder ir a abrazar a un hermano querido, a mi hermana, a mi Mére, a mi Chuchu.... carape!— Yo me vuelvo loco!—

Me parece que ya hablé también en una de mis anteriores, de una pobre vieja bretona, medio loca, que vivía en el tercer piso, y no pensaba sino en comer; pues ya murió la pobre, de un balazo, y la hija se remató, y se volvió loca, que es la suerte que se nos espera, cuando mejor nos vaya.

M. Canovy, a quien no conozco, figúrese usted que tal chico será, por lo que paso a decirle. Ha inventado una máquina que llaman la *segadora* (*fauchesse*) que equivale a cincuenta ametralladoras, con tiros mecánicos continuos, y de una extraordinaria economía: 3.000 balazos salen costando siete pesos. Arroja 3.000 balas por minuto, a distancia de 4 ó 5 cuadras. Aquí tienen listas ya, según dicen, muchas de ellas, para cuando se pongan a tiro los tudescos, y lo más raro de esa máquina maldita es que no produce fuego ni detonación, según cuentan; yo no la he visto. Un yankee me decía ayer tarde: *Mi amig [sic], esto ser un Humbug pur intimid los prusian*. Otra máquina, también de reciente invención, dispara *los cohetes de Satanás*, produciendo por medio del petróleo, una lluvia de fuego que, a gran distancia, cubre, a cada descarga, 20 metros cuadrados.

En esta semana ha corrido la noticia de que M. de Bismarck está gravemente enfermo, de muerte! dicen unos que de *Delirium tremens*, pero él no es bebedor, se achispa ligeramente como todos los alemanes cada 15 días; otros que de hipertrofia en el corazón, pero habían asegurado que él no tenía corazón, qué se yo! Nada ganaría la Francia con su muerte, nada! pues el Canciller que lo reemplazara también había de ser alemán, y seguiría los planes acordados.

Garibaldi, el viejo de la montaña, el de la camisa roja, fué derrotado en los Vosges; no es extraño: tiene encima tantas maldiciones y su buena excomunió!

Alejandro Dumas murió el 5 de diciembre en Puys, cerca de Dieppe, y cuentan los periódicos que ántes de morir preguntaba a su médico si podría, como por vía de ensayo, escribir una novela en un tomo. ¡Dios le haya abierto los ojos del alma y lo haya salvado, porque era un mulato de grandísimo talento!

Entre las muchísimas caricaturas que producen los parisienses, para entretener el fastidio de estas largas horas de sitio, circuló en esos días la que representa una turba jugando con un león dormido. Los muchachos con sus respetables edades al pié son Bismarck 857), Guillermo (72), Moltke (73), y, en el extremo de la cola del león, se ve un letrado que dice: LA FRANCIA.

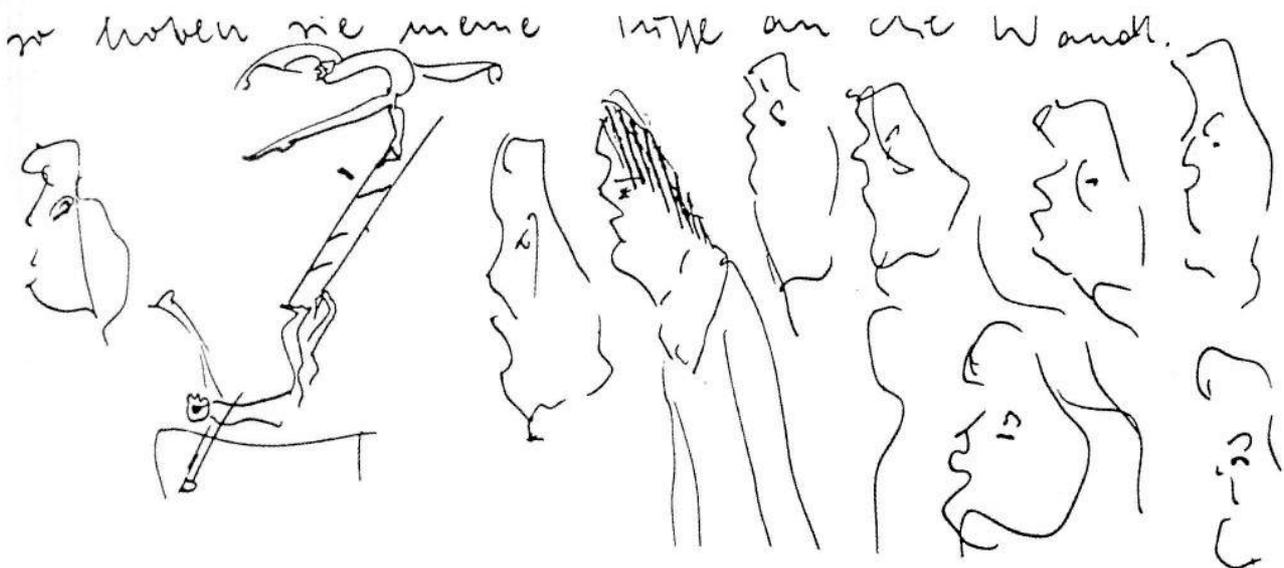
Oh! sí! muy bien porque la Francia trasnochada en la orgía de la sensualidad y de los placeres, duerme, y no se ha despertado todavía; pero cuando se levanten como un solo hombre, tres ó cuatro millones de soldados (de sus 40 millones de habitantes), los rugidos espantosos del león se oirán en el Rhin, en los Alpes, en los Apeninos y en los Pirineos, y habrá guerra de día y guerra de noche; guerra en las montañas y guerra en las llanuras; guerra en los mares y guerra en los rios; guerra en las ciudades y guerra en los desiertos; guerra en los periódicos y guerra en las asambleas; guerra en los salones y guerra en las tabernas; en todas partes guerra a muerte, guerra sin tregua, sin piedad y sin misericordia, con el puñal, con el veneno, y con todo género de armas; guerra los viejos y guerra los niños, y guerra hasta las mujeres: ahí tienen el ejemplo de una heroica doncella, de Juana de Arco, que arrojó a los ingleses de su país nativo; ahí tienen el de los buenos patriotas de España en 1808, y en nuestra América, ahí tienen el ejemplo de las ínclitas mujeres del Paraguay.

Entonces empezará el segundo acto de esta espantosa lucha que tiene preocupado al universo. Sedan, Metz, el bombardeo, la capitulación ó el incendio, fueron como las canteras de Jaumont, y las entrevistas diplomáticas, escenas del primer acto.

El segundo, confiando en Dios, no lo presenciare yo en Paris: leeré las relaciones en los periódicos, bien descansado en *mi natilla del Porce* en compañía del buen Berrío, de Aguilar, Quevedo y demás amigos.

Suyo afectísimo.

Bois dans une coupe, ó messenger fidèle  
Et dors en paix sur le sein de Nœris.



Nuestro arte es un ser cegado por la verdad: la luz que da en el caricaturesco rostro que retrocede es verdadera, ninguna otra cosa más.

Franz Kafka